

tianos de estas provincias con opiniones muy arriesgadas, particularmente en hechos morales. Mas le molestaron estos hombres perniciosos en ser desengañados ó confundidos, que en ser instruidos los idólatras y convertidos los pecadores. Hizo muchos viages á Roma para conferenciar con los soberanos pontífices acerca del estado de las nuevas iglesias que habia fundado, y de vuelta á los lugares de su mision trabajó en el bien de las almas como si no hubiera hecho mas que comenzar. Aunque fixó su residencia en Maguncia, de donde habia sido hecho arzobispo, extendió su vigilancia á todas las iglesias de Alemania, cuya fundacion debia á su cuidado la mayor parte. Despues de tantas penas y sucesos maravillosos solo faltaba á este grande hombre una cosa para ser en todo comparable á los primeros predicadores del Evangelio, y era coronar su apostolado con el martirio, y Dios se la concedió en el año 755, á los treinta y seis de su episcopado. Estando descansando debaxo de unas tiendas con sus compañeros y clérigos en un campo en donde estaba esperando á los neófitos, que se habian de juntar en él para recibir la confirmacion, cargó repentinamente sobre él y los suyos una tropa de paganos con las armas en la mano, y les quitó la vida pensando hallar mucho oro y plata en los cofres en donde estaban metidos los libros y las reliquias que el santo arzobispo llevaba ordinariamente consigo conforme al uso de aquel tiempo. Su cuerpo fué depositado primeramente en Utrecht, trasladado despues á Maguncia, y últimamente enterrado, segun su última voluntad, en la abadía de Fulda tan célebre despues, fundada por él junto al rio de este nombre. Todavía existen tres libros del número de aquellos que estaban en los cofres de que acabamos de hablar: el primero contiene la concordia de los evangelios, el segundo muchas obras de padres, entre otras las de san Ambrosio y de san Leon papa, el tercero es un libro de evangelios escrito, segun dicen, de mano del santo mártir.

Así reparaba Dios, por las nuevas conquistas hechas de la idolatría en el Norte de la Europa, las pérdidas que la Iglesia tenia cada dia en el Oriente, y llamando á nuevas naciones á la fe por medio de unos hombres animados del espíritu de los apóstoles, volvía á traer á la sociedad christiana á los pueblos que le habia quitado la heregía y el mahometismo.

## ARTICULO V.

*Heregía de los iconoclastas, sus principios, sus progresos, sus perjuicios y su condenacion.*

La heregía de los iconoclastas, cuya historia vamos á delinear, es una de las mas funestas que agitaron á la Iglesia desde su origen. Merece la mayor atencion porque ha vuelto á dexarse ver en estos últimos tiempos con las mismas señales que la hicieron tan formidable antiguamente, y porque los doctores católicos han empleado, para refutar á los que la renovaron en el siglo decimoquinto, las mismas razones que los santos defensores de la fe en el octavo contra los enemigos del culto que la Iglesia dió siempre á las santas imagenes. Subamos al origen de este error, y procuremos descubrir las verdaderas causas.

Se refiere que la unidad de Dios era el dogma fundamental de la religion mahomerana, y que en consecuencia de este principio en que el falso profeta habia puesto la basa de su doctrina, el horror del politeismo llegó á ser la virtud principal de todos sus sectarios. Del mismo modo habian pensado los judíos en todos los tiempos; pero mas que todo despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia, Dieron pruebas bien claras de su aversion á los ídolos en tiempo de los sucesores de Alexandro, en el de los macabeos, y esta disposicion se fortificó tambien quando gobernaban los príncipes asnomeos, y estaba en toda su fuerza el principio del christianismo. Pero quando el uso de las pinturas sagradas llegó á ser mas comun en la Iglesia, despues del reynado de Constantino, fué para ellos una cosa horrible el ver colocada con honor en nuestros templos la figura de un hombre, á quien ellos habian hecho morir en los tormentos. Esta conformidad de opiniones entre los judíos y los discípulos de Mahoma fué la primera causa de la horrenda tempestad que se levantó en la Iglesia con motivo de las santas imagenes, y del culto que se les habia dado. Un judío, que habia ganado algun crédito sobre el espíritu del califa Yesid II., supo persuadir á este príncipe crédulo y zeloso por su religion, que el medio infalible de prolongar su reynado seria proscribir las figuras pintadas, grabadas, ó de relieve, que se

hallasen en las iglesias de los christianos y en los parages públicos. El príncipe musulmán accedió sin repugnancia á este consejo, y sin dilacion despachó órdenes á este efecto por todo el imperio hácia el año 724, y se executaron con rigor. No perdieron los judíos esta ocasion oportuna de satisfacer á su ódio contra los christianos, ni mostraron los mahometanos ménos ardor que ellos en destruir los objetos que el capricho de su religion les habia hecho odiosos. Y así en el judaismo y en el mahometismo reunidos tuvo su origen la heregia de los iconoclastas, y la guerra que esta encendió contra las santas imágenes en el siglo, cuya historia vamos á analizar.

Leon III., llamado el Isaura, que subió al trono de Constantinopla en 716, príncipe de un nacimiento baxo, sin educación y sin luces, se hizo repentinamente enemigo del culto católico de las imágenes, por aquel defecto que tuvieron casi todos sus predecesores desde Constantino, como queda ya dicho otras veces, de tomar partido en las disputas teológicas, y querer pronunciar como árbitros soberanos en las cosas de fe: Leon pasó aun mas adelante, atreviéndose á mudar las ideas recibidas en orden á la naturaleza y uso de los objetos sensibles, consagrados por la religion, sin embargo de ser ignorante y sin letras, y haber sido sus principios los de un soldado raso, habiendo pasado toda su vida en la profesion de las armas, sin haber aprendido jamas otras cosas que las necesarias para ella. Pero las guerras en que habia servido le adquirieron diferentes ocasiones de tratar con los judíos y musulmanes de la religion y desprecio de la idolatría, que unos y otros hacian de los christianos por causa de la veneracion de las imágenes de Jesu-christo y de los santos, pareciéndole un oprobio para el christianismo. Esta era la objeccion que le habia hecho mas fuerza, y no acertaba á resolver la dificultad de ella, porque la impresion que le habia hecho estaba tanto mas arraigada, quanto ménos instruido se hallaba en la verdadera doctrina de la Iglesia acerca del culto de las imágenes.

Habiendo llegado Leon al trono imperial con estas ideas, no tardó en manifestarlas. Pues habiendo sucedido en el orden natural hácia el año de 727 ciertos fenómenos asombrosos, á que la credulidad del emperador daba una interpretacion siniestra, se imaginó que la veneracion y el

culto que los católicos daban á las santas imágenes eran la causa de estos acontecimientos extraordinarios, y de otras calamidades públicas. Con este pensamiento juntó al pueblo, y le declaró que todas las representaciones de objetos sensibles colocadas en las iglesias y en otras partes eran una idolatría, y que el cielo irritado enviaba calamidades á la tierra para castigarla. No pasó entonces mas adelante; pero en el año 730, sin haber consultado á los obispos ni haber medido con la prudencia su conducta, publicó un edicto en que mandaba echar al suelo las imágenes, y borrar las pinturas sagradas en todos los pueblos de su obediencia: y no se determinó á este golpe ruidoso ántes de haber tomado la firme resolusion de sostenerla por todos los medios que la autoridad soberana le hacia posibles.

Pero por grande que sea el poder de los soberanos, nunca llega á mandar sobre las almas, ni á dominar en las voluntades: el edicto de Leon revolvió á todo el mundo: sublevóse el pueblo de Constantinopla, y fué menester enviar contra él gente armada, que cargó sobre él, y entonces fué quando en medio de este tumulto fueron echadas á tierra por los satélites del emperador las imágenes del Salvador, las de la santa Virgen y de los santos. Ya que la violencia de los medios que ponía en hacerse obedecer no le ponía delante la injusticia y la impiedad de su ley, debería á lo ménos hacérsela conocer la imprudencia; pero este príncipe no era de tal índole que le reprimiese la vista de los males que iba á causar. Se habia criado en los campos, y acostumbrado al despotismo militar, quería gobernar los vasallos de un grande imperio del modo que un capitán conduce una tropa de soldados: por otra parte era terco, colérico y cruel: la resistencia le irritaba, y su orgullo, ofendido de los obstáculos que encontraba, se convertia en furor: demasiado lo ha manifestado en los excesos de vexacion y crueldad á que se entregó todo el tiempo restante de su reynado, extirpando el culto de las imágenes, que confundia con la idolatría mas rústica y mas injuriosa á Dios.

Aunque obscurecida la verdad con los falsos achaques del judío y del mahometano, y calumniada la Iglesia en su culto por un príncipe christiano, tuvieron un generoso defensor en san German, patriarca de Constantinopla, á

cuya dignidad se transfirieron su mérito y nacimiento después de haber sido metropolitano de Cícico, y en ella se mostró con sus luces y su valor, como digno del alto puesto que llenaba en la primera silla del Oriente. Pues no contento con preservar á su pueblo del veneno del nuevo error, se creyó obligado por su ministerio á trabajar en destruir las preocupaciones de algunos obispos, á quien el emperador habia hallado medio de hacerlos dividirse en sus opiniones. San German, para instruirlos y atraerlos á la verdad, les escribió muchas cartas eficaces y elegantes, de las quales tenemos tres, la primera remitida á Juan obispo de Sinnada y metropolitano de Frigia, la segunda á Constantino obispo de Nacolia en la misma provincia, y la tercera á Tomas obispo de Claudiópolis. En ellas explica con admirable claridad la doctrina de la Iglesia sobre el culto de las imágenes, y el fiel destino de estos objetos consagrados por la piedad, y tan propios para conservarla: refuta en todo las objeciones que Leon y sus partidarios tomaban de los judíos y de los musulmanes: expone de un modo claro y preciso la diferencia del culto soberano, absoluto y directo que se debe á Dios solamente, del culto inferior subordinado y relativo de que pueden ser objeto la santa Virgen, los mártires y los otros santos: muestra la utilidad de las pinturas sagradas, de las estatuas y demas representaciones, cuyo uso aprueba la Iglesia, porque ellas son los libros de los ignorantes, una predicacion que habla á los ojos, y unos poderosos estímulos para excitar á la práctica de las virtudes, de que fueron modelos excelentes los santos recordados en ellos: hace ver la antigüedad de las imágenes pintadas, ó de relieve con testimonios, sacados de los santos Padres, los mas auténticos para oponerse á los abusos: pone las pruebas de veneracion que se les dió siempre en los mejores siglos del christianismo y desde su origen: refiere los milagros auténticos con que Dios habia aprobado el culto que se les daba: últimamente, insiste en el peligro que hay de poner las manos en los objetos consagrados por el respeto de los pueblos, y de mudar las costumbres establecidas desde mucho tiempo en la Iglesia. Así ilustraba el santo patriarca á sus colegas en eliscopado; y esparcía las nubes que el error amontonaba para obscurecer la verdad á los ojos de los hombres mal

instruidos, y autorizar los excesos que se permitian. San German escribió tambien al papa Gregorio II. para informarle de lo que pasaba en Oriente, y pedirle el socorro que necesitaba en una coyuntura tan critica, y Gregorio le respondió, alabándole su zelo, animando su valor, y testificando la doctrina con que combatia. De este modo estaban unidas las dos primeras sillas del mundo christiano en el objeto de la contestacion que turbaba á la Iglesia, estando el Oriente apoyado por el Occidente en la defensa del culto católico.

El ardor de san German, y su union con el soberano pontífice anunciaban al emperador toda la oposicion que habia de experimentar la nueva doctrina, si se obstinase en su osadía. Pero nada le pudo detener, ni las representaciones de los papas Gregorio II. y Gregorio III. que le escribieron con tanta fuerza como libertad, ni el horror de su impiedad que el pueblo testificaba, ni las maldiciones que le echaba, ni las rebeliones que se levantaban en diferentes partes del imperio. Quanto mas zelo manifestaban los pastores y los simples fieles por conservar las santas imágenes, tanto mas se encarnizaba Leon en destruirlas. Echó de su silla al patriarca German para colocar en ella á un hombre que sabia que era propio para aprobar sus intentos, y el santo anciano acabó sus dias en la casa de su padre, donde se habia retirado. Parece que la firmeza de German hubiera podido ser el dique suficiente para contener el furor de Leon: pues no fué así, que desde que se vió des- embarazado, no tuvo mas miramiento, ni se contentó solo con borrar las pinturas sagradas, y hacer pedazos las estatuas sin perdonar las imágenes de Jesu-christo crucificado en la cruz por nosotros, que descargó tambien sus golpes sobre los que se resistian á sus órdenes. Llegó á ser general la persecucion; y lo que la hizo acaso mas cruel que las otras todas fué, que Leon huia de procurar la gloria del martirio á sus víctimas, y ahorrándoles la vida, se contentaba con intimidar su constancia en el rigor y la duracion de los tormentos. Sin embargo pereció un gran número en las torturas, que la industriosa crueldad de este príncipe no acertaba á proporcionar siempre con las fuerzas de los que las sufrían. Los satélites que él empleaba en destruir las santas imágenes en las iglesias, en las plazas, y hasta en las casas particulares, nunca usaban de estas

execuciones sacrílegas sin derramar la sangre, por causa de las sediciones de que siempre iban acompañadas. Entre tanto que el soberano se ocupaba solamente en destruir á sus vasallos, parecia que los elementos conspiraban con él en aumentar las desgracias públicas. En todo el año último de su reynado se vió afligida Constantinopla con horriblos temblores de tierra, en que perecieron un número espantoso de habitantes, comprehendiendo en el mismo azote á muchas ciudades del imperio. Tal era la desolacion de la capital y de las provincias quando murió Leon. Desde que la religion christiana habia subido al trono imperial en la conversion de Constantino, habian combatido la fe muchos príncipes, perseguido la Iglesia y hecho infelices á los pueblos. Leon III. fué el primero que juntó el nombre de heresiarca á los de perseguidor y tirano. Su reynado duró veinte y cinco años, y de ellos gastó quince en hacer la guerra á las santas imágenes.

Constantino Coprónimo, que llegó al trono en el año 741, siguió las huellas de Leon su padre, y aun pasó mas adelante en los medios violentos que tomó para mudar la disciplina eclesiástica en asunto de imágenes. Su impiedad, su ojeriza contra los católicos, y su crueldad en la execucion del proyecto que abrazó no tuvieron límites. Luego que se vió asegurado en el trono en que habia estado vacilante algun tiempo, no pensó en otro negocio que en el de abolir el culto de que se habia declarado enemigo irreconciliable, y exterminar á todos los que intentasen conservarle. Y como no bastase la fuerza para cumplir su designio, como se lo habia hecho ver la experiencia de Leon, intentó juntar á ella Coprónimo los medios de seducccion, y aparentar como regulares los procederes violentos de que queria valerse. Despues de este plan, de que esperaba el mejor suceso, juntó este príncipe en Constantinopla año 754 un concilio, en que se hallaron trescientos treinta y ocho obispos, pero ningun patriarca ni diputado de las mayores sillas, porque la de Roma estaba ocupada por el papa Esteban II., á quien se guardó de convidar, y la de Constantinopla estaba vacante por muerte de Anastasio, usurpador de la dignidad patriarcal despues de la expulsion de san German. Por este grande número de obispos se ve, que á pesar de los progresos del mahometismo y de las brechas abiertas por la heregía en la religion des-

de los arrianos hasta los monotelitas, no dexaba de estar muy extendido el christianismo por el Oriente. Pero tambien se ve, por el modo con que este gran número de prelados se conduxeron en el concilio de Constantinopla, el poco amor á la verdad, la poca animosidad para su defensa, y el corto conocimiento del espíritu de la Iglesia entre sus pastores, la mayor parte dominados de los intereses humanos, y avasallados á las intenciones del príncipe.

Habiéndose juntado el concilio por Constantino, no para exâminar la cuestión del culto de las imágenes, segun reglas eclesiásticas, sino para proscribirle conforme á las intenciones del soberano, gastó seis meses en sus operaciones, desde el 10 de Febrero hasta el 8 de Agosto. De todo este largo trabajo no tenemos mas que la definicion de fe, que es un escrito extraño, por el modo á que está reducida, y por el fondo de las cosas que contiene. En ella se ve desde el principio al fin, que esta asamblea estaba animada del espíritu de heregía, y que no tenia otro fin que el de consagrar la doctrina impía de los iconoclastas. El segundo concilio de Nicea y VII. general, de que luego hablaremos, refiere á la larga este decreto escandaloso en las actas de la sesion sexta, y le refuta victoriosamente, comenzando por el título, y siguiendo á pie firme los racionios sobre que se funda. El título era: *Definicion del grande y santo concilio ecuménico*. Cómo, dicen los padres de Nicea, cómo se entiende dar el nombre de concilio ecuménico á una asamblea, á que no ha concurrido por sí mismo, ni por sus legados, ó á lo ménos por su carta el papa obispo de Roma y cabeza de la Iglesia; ni de ella se ha dado parte á los patriarcas de Antioquia, de Alexandría y de Jerusalem, y en fin, una asamblea á que no ha dado toda la Iglesia su consentimiento? Las razones alegadas por los obispos iconoclastas, y refutadas por los padres de Nicea, se pueden reducir á quatro: 1.<sup>a</sup> la novedad del culto de las imágenes que los iconoclastas pretendian, introducido en la Iglesia desde el sexto concilio general, que es el segundo de Constantinopla. A lo qual se responde que no han corrido sino setenta años entre el sexto concilio y el de que se trata, y que por consiguiente el culto de las imágenes, en favor del qual se citan testimonios de la mas remota antigüedad, no ha podido comenzar ni establecerse en este corto intervalo. 2.<sup>a</sup> La acusacion

de idolatría intentada contra la Iglesia con motivo de las imágenes de su culto. Esta imputacion se refuta observando que la victoria de Jesu-christo sobre los ídolos es eterna, y que la Iglesia no puede ser acusada de renovar el crimen de los idólatras, sin que esta acusacion recaiga sobre el mismo Jesu-christo: despues se muestra en qué consiste el honor que se hace á las imágenes, y se hace ver que esta no es una adoracion propiamente tal, ni un culto directo y absoluto, sino una reverencia relativa por su naturaleza al objeto representado que la merece por su excelencia, quando es la humanidad de Jesu-christo, y por su santidad, quando es la de la santa virgen y de los santos. 3.<sup>a</sup> El exemplo sacado de la sagrada Eucaristía, que es la única imagen de Jesu-christo que se permite. En lo qual advierte el concilio de Nicea que la Eucaristía no se puede llamar imagen de Jesu-christo en el sentido propio y literal, porque el Salvador no dixo á sus apóstoles *tomad y comed: esta es la imagen de mi cuerpo; y si tomad y comed: este es mi cuerpo*: palabras positivas que excluyen toda idea de imagen, de tipo, y de figura en el sacrificio incruento: 4.<sup>a</sup> y última, las autoridades, así de la Escritura como de los padres contra el culto de las imágenes. A esto responde el concilio de Nicea manifestando, ó que estos pasages no hablan sino del culto de los ídolos, ó que estan sacados de obras supuestas, ó en fin, que estan falsificados, truncados ó desquiciados de su significacion natural.

A pesar de la debilidad de los discursos, de que usaban los iconoclastas para deshacer el culto de las imágenes, y de la solidez de las respuestas tan convincentes que les daban los católicos, la asamblea de Constantinopla condenó este culto, y todos los ejercicios de piedad que usaba la Iglesia para honrar á los santos. Se proscribieron todas las pinturas y toda representacion de objetos consagrados por la religion: se intimó excomunion á todos los refractarios á este decreto, sometiéndolos á penas pronunziadas por las leyes imperiales como á enemigos de Dios, y culpados en el crimen de trasladar á las criaturas el honor que no se debe sino al Ser supremo. Todo el Occidente, y con él la iglesia Romana desecharon con horror este decreto, que el emperador con su autoridad obligó á que fuese recibido en casi todas las iglesias de Oriente.

Hubo proscripciones, destierros y muertes en todos los que se oponian á la decision del concilio y al edicto del príncipe. Las ciudades estaban llenas de emisarios de la corte, que borraban las pinturas en las basílicas, despedazaban las estatuas, hacian pesquisas odiosas en los ciudadanos, cometiendo todo género de violencias contra ellos, baxo el pretexto de hacer executar las órdenes del soberano. Todo era tumulto y carnicería en todas partes. Los delatores eran bien recibidos aunque fuesen notados de infames, si descubrian á alguno como encubridor y reverenciador de imágenes en su casa. Una simple sospecha era bastante para ser tratado como reo de lesa magestad divina y humana. Gustaba Coprónimo de tener quien diese cebo diferente á su furor, y con mas seguridad lograba su favor el que perseguia á los católicos, que si hubiera hecho los servicios mas señalados al estado.

Los monges eran los mas zelosos defensores de las santas imágenes, porque la experiencia les habia dado á conocer mejor el fruto de elevarse á Dios, y á excitarse á la imitacion de los santos. Y así todo el odio de Coprónimo se volvió contra ellos con proscribir la vida monástica, y formar un edicto con prohibicion de abrazarla á qualquiera que lo intentase. Confiscó la mayor parte de las casas religiosas de uno y otro sexò en la capital, y las transformó en cuarteles para alojar á los soldados iconoclastas encargados de sus órdenes. Obligó á que las monjas se casasen, y exponiéndolas á la risa del pueblo, las precisó á pasearse por el hipódromo y por las calles públicas de Constantinopla, llevando un hombre á cada una agarrada por el brazo: estos eran los juegos y fiestas que daba al populacho. No es apénas creible lo que hizo padecer á san Esteban, abad de Monte Santo Auxêncio, que era el mas distinguido santo que hubo en el imperio. Habiendo nacido en la opulencia y grandeza del siglo lo sacrificó todo al deseo de la perfeccion, y habia llegado á un grado tan alto de virtud, que hasta los soldados mas brutales é impíos le respetaban. Para atormentar á este santo hombre, mejor diremos para castigar en él la adhesion á la doctrina de la Iglesia, refirió Coprónimo con las suyas las crueles invenciones de los antiguos perseguidores. No es posible referir sin horror é irritacion de la humanidad los tormentos que le hizo padecer, hasta el momento en

que Dios coronó su generosa confesion con el martirio en el año 766 ó 67. Basta decir que los cortesanos y gobernadores de provincias que querian complacerle acudian al medio seguro y fácil, que era exercer los mayores rigores contra los católicos, sospechosos de que daban culto á las imágenes, y contra los monges, á quien servia de crimen su misma profesion. El gobernador de Dato- lia mereció las gracias y el favor de su amo, porque habia mandado vender todos los monasterios de hombres y mugeres que habia en su gobierno, y dado muerte con diferentes géneros de suplicios á una infinidad de personas consagradas á Dios en estos piadosos retiros.

La vida que Coprónimo pasaba en festines, espectáculos, y en los placeres mas infames, no respondia al zelo que afectaba contra la idolatría, y por eso no era menester mas que una vida de buenas costumbres, y una conducta regular para incurrir en su desgracia. Algunas personas de la mayor distincion que habian participado de sus disoluciones, y se habian retirado de la corte para cuidar de su salvacion en la soledad, fueron mas cruelmente perseguidas que otras, y las quitó la vida de miedo que no revelasen su torpeza. Murió en fin este príncipe en el año 775, de edad de cincuenta y seis años, tan detestado como su padre, dexando á la Iglesia y el estado en la mas horrorosa confusion, y casi sin esperanzas de que la barbárie de su reynado se obscureciese por otro príncipe peor que él.

Leon IV., de edad de veinte y seis años, criado en el regalo, y preocupado de sus placeres, y por otra parte acometido con las guerras de los sarracenos y conspiraciones, no podia interesarse mucho en la querella de las imágenes, aunque sin embargo se declaró contra ellas; y acaso la persecucion que iba á remover no hubiera sido ménos cruel que las que habian encendido su abuelo y su padre, si hubiera conservado mas tiempo el poder soberano, que no pasó de cinco años. Se atribuye su muerte á una accion, por la qual se caracteriza su impiedad, y se puede juzgar cuántos males hubiera causado á la Iglesia si viviera. Habia donado el emperador Mauricio á la iglesia de Constantinopla una corona de oro adornada de diamantes y piedras preciosas. Leon la mandó quitar, y la puso sobre su cabeza, diciendo con bufonada sacrí-

lega: *el oro y la pedrería no pueden agradar á aquel que tuvo por buena la pobreza*: y apenas se la quitó, quando sintió unos carbones encendidos en las partes que la corona le habia tocado, y se formaron en ellas úlceras que le causaron una fiebre ardiente, de que murió en 780.

Los furores de la heregía habian llegado á su cúmulo, quando Constantino IV. subió al trono por muerte de Leon IV. su padre. Este príncipe, de edad de diez años, fué confiado á la tutela de la emperatriz Irene su madre, quien tuvo toda la gloria de su reynado. Era inclinada al culto de las imágenes, y su primer cuidado fué el de restablecerle y dar la paz á la Iglesia. Pero viendo esta heroína, de un talento grande y penetrante, toda la extension de la herida que los últimos emperadores habian hecho á la religion, y conociendo toda la ventaja que los iconoclastas sacaban del falso concilio que habia juntado Constantino Coprónimo, juzgó que no podia remediar los males de la Iglesia y del estado, si no oponia al decreto de este conciliábulo la decision canónica de un concilio legítimo. Para preparar esta grande obra colocó sobre la silla de Constantinopla á un hombre ilustrado, virtuoso, y lleno de zelo. Este era Taraiso, secretario del emperador, destinado por la estimacion pública, y que no aceptó esta dignidad hasta despues de haberle dado el emperador y Irene palabra positiva de juntar luego un concilio, para terminar la contestacion de las imágenes, que era el origen de tantas turbaciones.

Taraiso sucedió á Paulo, que era un hombre recomendable por la pureza de sus costumbres y la liberalidad de sus limosnas, bien que habia tenido la flaqueza de subscribir al concilio de los iconoclastas por temor de la persecucion; pero volviendo sobre sí, y tocado de un vivo arrepentimiento, quando se concedió la paz á los católicos en el nuevo reynado, quiso corregir el escándalo que habia dado á la Iglesia, despojándose de su dignidad por hacer penitencia. Esta manera de portarse descubrió en Paulo los grandes afectos y amor sincero á la verdad, y dió á conocer que era digno del puesto que dexaba, por otras miras tan laudables que le grangearon la estimacion de todos los hombres de bien. Taraiso, luego despues de su consagracion, escribió al papa Adriano convidándole á que pasase al Oriente á presidir el concilio universal que